**Como el polvo en el viento**

Leonardo Padura
(25 de agosto de 2020)

***Fragmento***

Entusiasmados por la posibilidad de tener un banquete regio, los miembros de la diezmada cofradía disfrutaron una tarde que se convirtió en noche y luego en madrugada gracias al conocimiento de Bernardo (luego de decretar una moratoria en su cacareada cura alcohólica, comenzada seis días antes) del sitio donde vendían un ron casero que te quemaba la garganta pero te emborrachaba más y mejor que otras bebidas con solera. Como el tiempo era lo único que les pertenecía, al final de la jornada, ebrios hasta el límite de sus capacidades, todos se acomodaron en camas, sofás y colchonetas y durmieron la borrachera de alcohol, lamentos y hasta de júbilos a los que, a pesar de todo, los abocaba su juventud en disolución y sus capacidades de resistencia.

Antes de entrar en el estado de hipnosis festiva al que los conduciría la comida y los rones tragados con voracidad competitiva y alienante, Horacio había hecho uno de sus periódicos diagnósticos del estado de su vida y de la vida de unos seres con los cuales había compartido años de complicidad. Rememoró los tiempos en que habían tenido empuje y sueños, mientras explotaban sus capacidades y se hacían más aptos para entregar a la sociedad y a ellos mismos el fruto de sus esfuerzos y conocimientos. Vio en aquel pasado que cada vez parecía más idílico, hasta irreal, a unos seres tan entregados y vitales que ahora le parecían extraordinarios en la inocencia, la pureza y la confianza que habían destilado. Cada uno de sus deslices o desmanes de entonces le resultaron componentes vulgares de la existencia: celos, miedos, infidelidades, ambiciones, incluso ocultamientos y engaños (los de Elisa, incluso los de Walter, el presunto soplón). Vio en la distancia a unos seres que parecían felices, que eran felices, reunidos en aquella misma terraza, unos jóvenes que ni siquiera el más cáustico, inconforme, visionario de ellos habría estado en condiciones de prefigurar hasta qué punto se desintegrarían, provocando la desesperación, la abulia paralizante, la dispersión ya iniciada.

—¿Qué coño nos ha pasado? —La pregunta le salió del alma.

Clara, Bernardo, Irving y Joel miraron a Horacio, como si fuese un extraterrestre indagando en qué mundo había caído su platillo volador luego de extraviar su órbita.

—¿A qué viene eso, Horacio? —saltó Clara, y los demás asintieron, convencidos de lo inoportuno del cuestionamiento.

En ese instante Bernardo levantó su vaso, pero un impulso de su inteligencia le advirtió que aquel era el trago destinado a hacerlo cruzar su porosa frontera de alcohólico hacia el limbo de la inconsciencia etílica. Acomodó con cuidado el vaso en la mesita de centro y hasta sonrió, antes de hablar.

—Nos ha pasado todo, Horacio... —Hablen bajito, por Dios —advirtió Irving. —Nos ha pasado todo —siguió Bernardo, negado a bajar la voz—, y sin pedirnos permiso. Los sueños ahora son desvelos o pesadillas. Nos ha pasado que perdimos. Este es el destino de una generación —sentenció, y recuperó su vaso con mano ya temblorosa y de un solo golpe bajó el trago—. Y así vamos, compañeros, hermanos de lucha: de derrota en derrota... ¡Hasta la victoria final!